

ESPECIAL POESÍA

Clásicos de la poesía infantil española

Jaime García Padrino*

Jaime García Padrino reflexiona, en este artículo, sobre si el panorama editorial de estos últimos quince años ha mejorado en lo relativo a la oferta y la atención a las ediciones dedicadas a la poesía infantil.

Hace más de quince años, durante una conferencia en uno de los primeros cursos de verano que una Universidad española dedicaba a la Literatura Infantil¹, planteaba si existía una poesía infantil. Recurría, así, a una interrogación con respuesta afirmativa implícita, al modo que años antes solía ser frecuente cuando se trataba de debatir la esencia de la propia Literatura Infantil. Años más tarde, volvía a un cuestionamiento similar acerca de la existencia o no de unos clásicos de la Literatura Infantil Española². Dada la evidencia, en ambos casos, del carácter retórico de ambos interrogantes a modo de mera excusa para una argumentación defensora de tales realidades artísticas, espero que se comprenda y disculpe una tercera ocasión en el planteamiento de si ahora existen, o son reconocidos, unos clásicos de la Poesía Infantil Española. Junto a ello, y a manera de consecuencia inevitable, quiero plantear también si el panorama editorial de estos últimos quince años —o mejor, durante la década de los noventa y los transcurridos ya del actual siglo—

ha mejorado en lo relativo a la oferta y la atención a las ediciones dedicadas a este particular concepto de la poesía infantil, dejando así de lado el empleo del más discutible término de “poesía para niños”³.

Al revisar la evolución más reciente en tal género poético, además de considerar cuáles han sido sus aportaciones más destacadas es necesario —y resulta, sin duda, lo más difícil hoy—, saber si continúan presentes en el mercado editorial y, en consecuencia, si siguen siendo asequibles a sus naturales destinatarios. Ya he insistido en otras ocasiones en la importancia de la necesaria continuidad de ediciones que superen la excesiva fugacidad de muchas publicaciones actuales, lo que las hace difíciles de encontrar a los pocos meses de su aparición, una vez agostado el discutible rótulo de “novedad”, en los escaparates y anaqueles de las librerías, incluso de aquellas que hacen de su mera existencia un auténtico alarde de imaginación y de creatividad para su supervivencia económica en el duro mercado de las librerías infantiles.

Cuando se cerró el afán por los inventarios revisionistas en forma de elaboración de listados con las obras más notables del siglo XX, la poesía infantil –junto con el teatro para esos mismos destinatarios– quedó relegada a una selección testimonial, cuando no claramente olvidada en los correspondientes elencos⁴. De tal forma, la selección elaborada por un grupo de creadores, profesores y expertos convocados por la Fundación GSR en el VI Simposio de Literatura Infantil y Lectura (Madrid, junio 2000)⁵, incluía, dentro de los setenta títulos para textos literarios, las siguientes obras poéticas: Jaime Ferrán, *La playa larga* (1981); Gloria Fuertes, *Don Pato y Don Pito* (1970); Antonio García Teijeiro, *Versos de agua* (1986); Juan Kruz Igerabide, *Begi niniaren poemak* (1992)/*Poemas para la pupila* (1995); Carlos Murciano, *La niña calendulera* (1989); Marina Romero, *Alegrías* (1980); M^a Luz Uribe, *Cuenta que te cuento* (1979), y Celia Viñas, *Canción tonta en el Sur* (1948). Ocho títulos sobre un total de cien –dado que entre los treinta álbumes

ilustrados que completaban la centena de obras seleccionadas no figuraba ningún texto en verso–, es un pobre porcentaje que revela varias circunstancias. La primera, la conocida pobreza del mercado editorial en lo relativo a las ediciones infantiles como una constante histórica. La segunda, la llamativa cercanía en el tiempo de las obras seleccionadas, pues la más remota está fechada en 1948 (*Canción tonta en el Sur*), para pasar a 1970 cuando Gloria Fuertes publicó su *Don Pato y Don Pito*, volumen donde volvía a buena parte de los temas y personajes creados en los años cuarenta para algunas de las revistas infantiles de aquella época⁶. Y tercera, por no hacer más extensas estas consideraciones, la escasa permanencia de algunas de estas obras en el mercado, en el sentido antes señalado acerca de la fugacidad en la oferta editorial, a pesar de que uno de los objetivos en aquella elaboración era difundir obras de calidad entre los mediadores interesados y estimular sus ediciones y reediciones⁷.

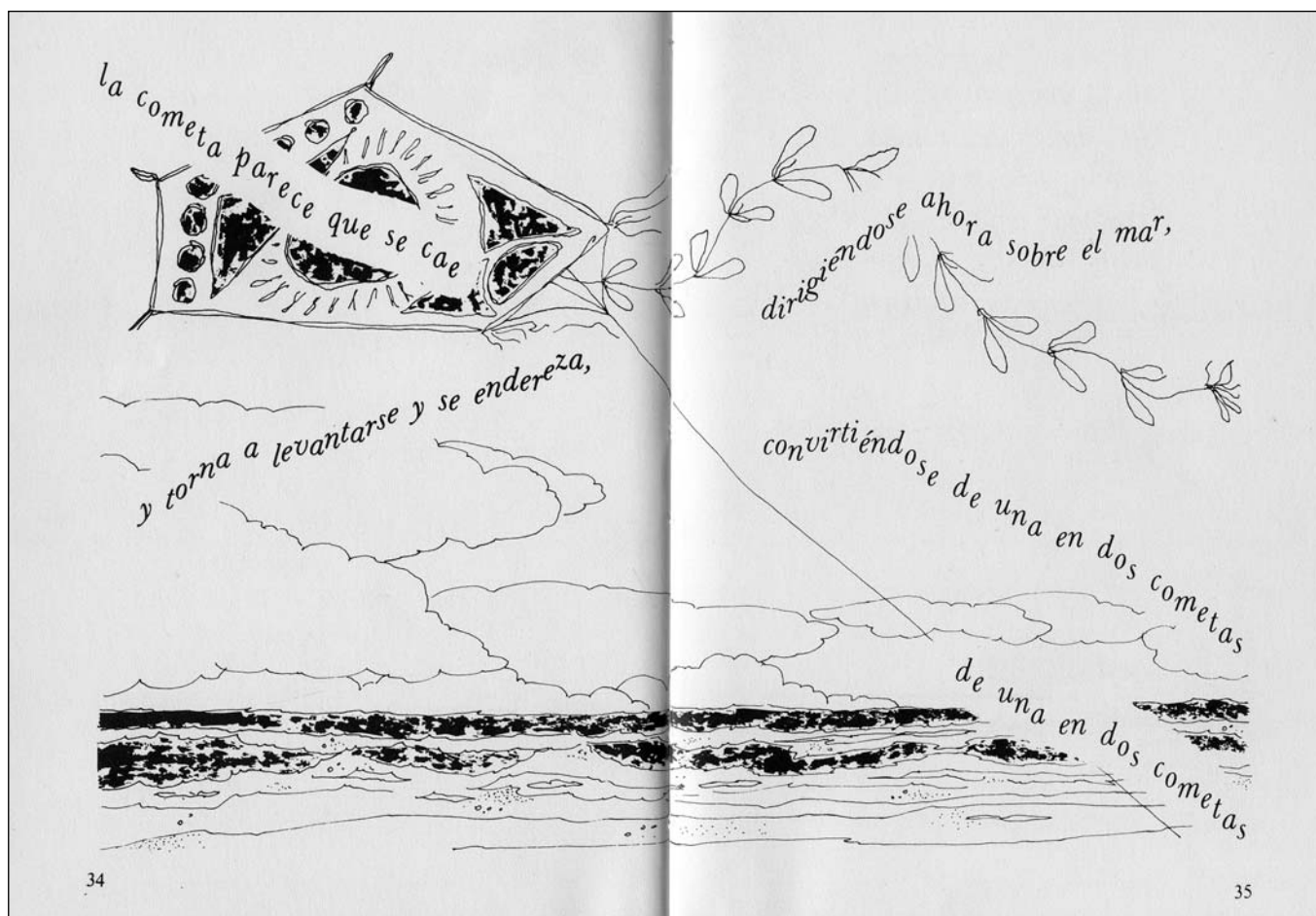


Ilustración de Adolfo Calleja para *La playa larga*. Ed. Miñón.

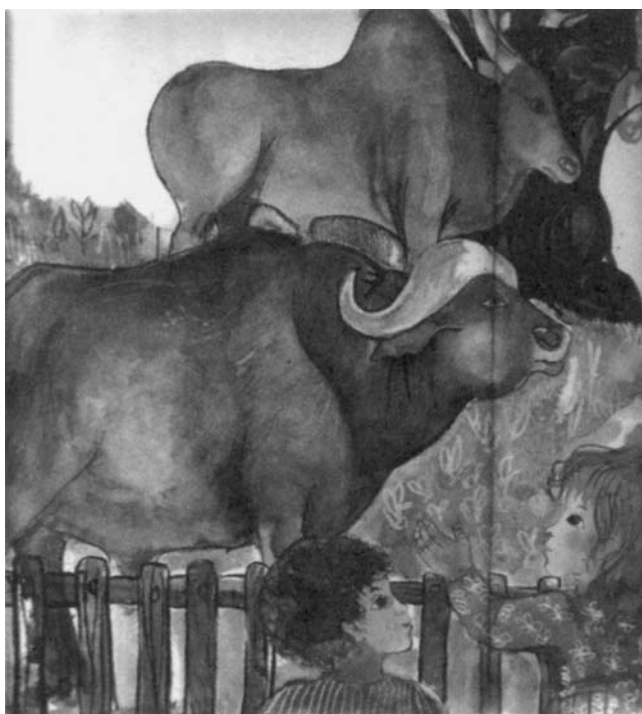


Ilustración de Viví Escrivá para *Mañana de parque*. Ed. Anaya.

Tales hechos condicionan no sólo la existencia de unos clásicos de la poesía infantil sino, ante todo, su conocimiento y difusión entre el público en general. De tal forma, corremos el peligro –asumido con plena consciencia en este artículo– de que puedan quedar relegadas a meras referencias en estudios o artículos obras como las correspondientes a Jaime Ferrán, Marina Romero, algunas de Gloria Fuertes y, sobre todo, la de Celia Viñas, que, desde su primera aparición, ha contado con una difusión local, salvada únicamente por la inclusión de bastantes de sus composiciones en diversas antologías poéticas. Pese a todo, considero que las obras antes citadas, junto con algunas otras que comentaré a continuación, son merecedoras indiscutibles de una mayor presencia en tan corto panorama como es el de la oferta editorial dedicada a la poesía infantil.

Además de la antes citada *La playa larga*, Jaime Ferrán aportó a la Literatura Infantil Española una notable renovación a las formas poéticas que se venían ofreciendo a los lectores infantiles. Tanto en *Tarde de circo* (1966), como en *Mañana de parque* (1972), el poeta jugaba con la disposición de las palabras de cada verso en el espacio de la página y con estructuras heteromorfas, rimas libres y versos heterométricos. Esa búsqueda de nuevas formas de expresión poética al alcance de los lectores más jóvenes llegaba a su expresión más completa con la segun-

da de las obras citadas, donde las palabras se integraban en algunas de las ilustraciones creadas por Viví Escrivá para aquella edición.

También en aquella década de los setenta fueron notables los esfuerzos mostrados, en el mismo sentido de una renovación y actualización de las formas poéticas dedicadas a la infancia y a la juventud, por obras como *Nana para dormir muñecas* (1965), de Julio Alfredo Egea; *La princesita de la sal* (1967), de M^o Luisa Muñoz Buendía, y *Molinillo de papel* (1968), de María Elvira Lacaci. Obras donde eran ya recursos frecuentes las técnicas bien alejadas del verso breve, del octosílabo, de los romances, de los cuartetos, y de aquellos esquemas que, por su sencillez o elementalidad, se habían venido considerando como los más adecuados para el lector infantil.

Incluso si volvemos aún más atrás en el tiempo, a los duros años de la posguerra española, encontramos obras merecedoras de una recuperación, bien total de sus poemas por seguir gozando de actualidad en sus valores –*Arquita de Noé* (1945?), de Alfredo Marquerie; *Mis canciones* (1943), de Palmira Jaquetti–, bien de una selección que aligere convenientemente aquellas composiciones más condicionadas por las circunstancias de la época, como *Juguetes*. *Poemas para niños y para mayores* (1942?), de C. Torre Enciso y J. Soler Serrano, o *Columpio de luna a sol* (1952), de Pura Vázquez.



Ilustración de Elvira Elías para *Mis canciones*. Ed. Juventud.

La aportación de Celia Viñas a la Literatura Infantil Española está marcada por una peculiar excepcionalidad. Aunque sus creaciones contaron con una limitada difusión en vida de la propia autora⁸, pasado el tiempo es fácil reconocer los decididos propósitos renovadores que inspiraron tanto su libro de poemas dedicados a los primeros lectores con el título de *Canción tonta en el Sur* (1948), como su colección de relatos que, bajo el título de *El primer botón del mundo y otros cuentos*, presentó al Premio Nacional de Literatura 1951, pero que no vieron la luz –y en una edición póstuma– hasta veinticinco años más tarde. Son méritos que, a pesar de todo, aún están pendientes de un reconocimiento más generalizado y, en especial, de ediciones actualizadas que las acerquen a sus naturales destinatarios.

En las sesenta y seis composiciones de *Canción tonta...* aparecían de forma natural y fluida las características básicas de la auténtica poesía infantil: desde la espontaneidad y brevedad de los poemas, hasta sus tratamientos abarcadores de los intereses más importantes para el niño, pasando por la agilidad, el adelgazamiento de los temas, el tino en los recursos expresivos, el recatado humor y el empleo de las metáforas y del verso de arte menor.

Volviendo a un rápido repaso histórico de obras mantenidas en el tiempo, pese a las dificultades antes señaladas, hay que destacar, en los años setenta, algunas antologías poéticas que trataron de acercar la obra de los grandes autores, de los clásicos indiscutibles, a unos primeros lectores. Y entre tales antologías, tres obras marcaron la línea a seguir en cuanto a presentación y tratamiento de determinados creadores: *Canciones y poemas para niños* (1975), de Federico García Lorca; *¡Aire, que me lleva el aire!* (1979), de Rafael Alberti, y *Miguel Hernández para niños* (1979), obra que abría una colección, “Alba y Mayo”, de Ediciones de la Torre, especializada en este acercamiento de los grandes poetas, con una completa documentación y un interesante estudio biográfico y crítico en cada volumen y que se mantiene, casi treinta años más tarde, como una de las iniciativas más decididas por acercar la poesía a los lectores, no tanto infantiles, como juveniles.

Con el *boom* de las ediciones infantiles iniciado en los años ochenta, traducido en un notable aumento de los libros publicados y el descubrimiento de nuevos nombres, de nuevos creadores, se produjo una cierta floración de la poesía infantil, destacada entre otras cosas, por la concesión del Premio CCEI 1986 a *La bufanda amarilla*, de Carlos Murciano, su primer libro de poemas infantiles vinculado a sus raíces creadoras en la poesía general, marcadas por el juego con la palabra, con sus valores sonoros, con el descubrimiento de nuevas posibilidades léxicas. Fueron también los años donde este mismo autor dirigió la colección “Caballo de cartón”, de la editorial Escuela Española, y donde dio generosa cabida a los libros de poemas infantiles⁹. En ese mismo sentido, recordemos el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, concedido en 1987 a Carmen Conde, por *Canciones de nana y desvelo*, conjunto de poemas entroncados con las primeras obras de su autora, *Brocal* (1932) y *Júbilos* (1934), galardón que se justificaba entonces más como un reconocimiento para la labor global de su autora, que por el carácter renovador o innovador de esta obra en concreto, y quizá también como un respaldo a la editorial Miñón –que había publicado la obra en la colección “Las Campanas”– y que desde sus primeros títulos había atendido a la poesía infantil, como demuestran sus ediciones de Jaime Ferrán –*La playa larga* (1981) y *Cuaderno de música* (1983)–, y de Joaquín González Estrada, *Monigote pintado* (1982), y de Concha Lagos, *En la rueda del viento* (1985)¹⁰.

Antes he destacado la aportación de Jaime Ferrán a la poesía infantil española como propia de uno de nuestros clásicos actuales. De tal forma, la perspectiva histórica añade a *La playa larga* un valor de renovación a los caminos frecuentados entonces por la poesía para el niño y el joven cuando apareció en 1981. Era el reencontro de Jaime Ferrán con este género y para muchos lectores de entonces un redescubrimiento. La voz personal del autor volvía a sus recuerdos de vivencias infantiles y juveniles, contando para ello con su ya demostrado dominio de la versificación y de la disposición gráfica del verso. Son poemas, como los de *Cuaderno de música* (1983), animados por el movimiento de las propias palabras y por la autenticidad de la visión y la expresión del poeta. Razones, todas ellas, para que resulte más inexplicable que no contemos –en el momento de escribir estas líneas– con reediciones, o nuevas ediciones, de obras con valores tan contrastados.

En esta reivindicación de obras poéticas que merecen una adecuada recuperación, no quiero olvidar *Monigote pintado* (1982), donde Joaquín González Estrada confirmaba las cualidades ya apuntadas en su anterior *Casita de fieras* (1977), con relación a su gusto y su dominio de las estrofas breves, del giro ingenioso, de la perspectiva insólita para animar los personajes, los animales y los objetos de un típico universo infantil, en poemas que gusta terminar el autor en un giro brusco, en un quiebro dentro de su desarrollo.

Distintas obras merecen asimismo un lugar destacado entre las aparecidas en los últimos veinticinco años, como *Abecedario de los animales* (1990), de Alma Flor Ada, que en torno al recurso clásico de cada letra ofrecía dos poemas, uno donde jugaba con los valores formales del propio abecedario y otro, dedicado a un animal cuyo nombre corresponde a la letra en cuestión. O *El gliptodonte* (1990), de Jaime Siles, con poemas dedicados a una curiosa animación del mundo animal, alejada de los tópicos habituales en este tipo de descripciones o impresiones poéticas, y con una notable variedad de recursos formales en versos y estrofas. O distintos títulos que han confirmado a Antonio A. Gómez Ye-



Ilustración de Ricardo para *Juguetes. Poemas para niños y mayores*. Ed. Juventud.

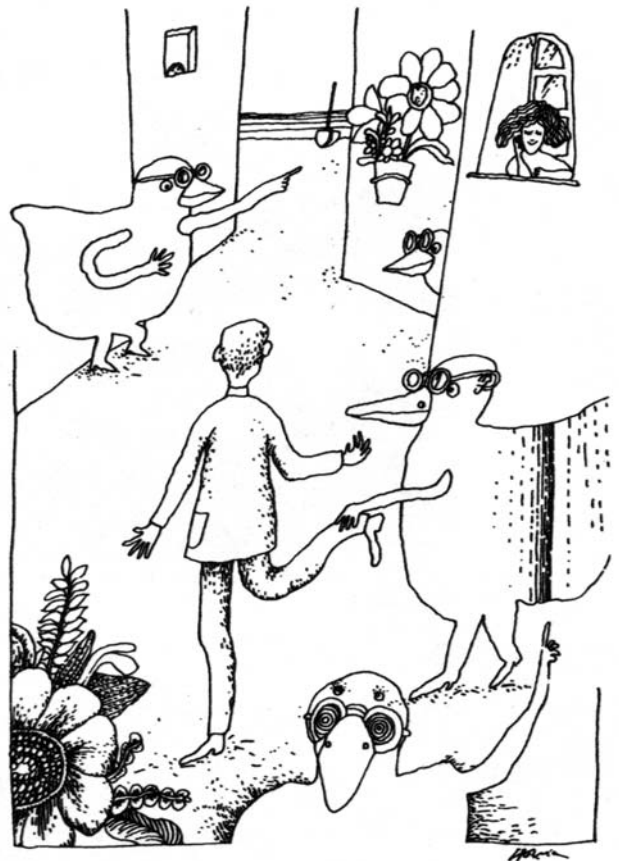


Ilustración de Luis de Horna para *¡Aire, que me lleva el aire!*. Ed. Labor.

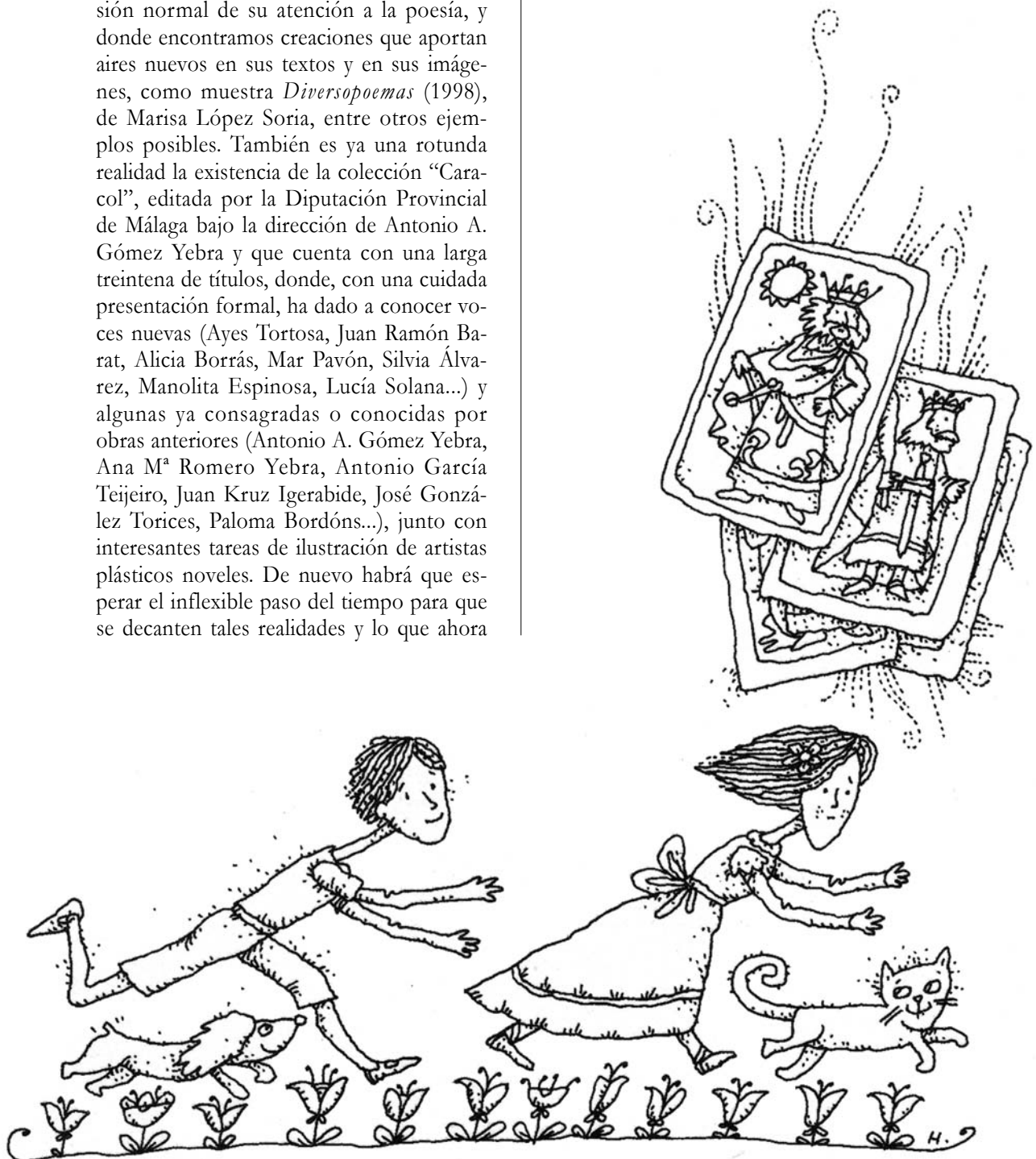
bra (*Menuda poesía*, 1994, y *Versos como niños*, 1995) y a Ana María Romero Yebra (*Verdes amigos*, 1995, y *El memoriápodo*, 1996) como dos de los autores actuales más constantes en esta dedicación a la poesía infantil.

Dado que no son frecuentes los títulos de poesía infantil dentro de colecciones generales de literatura infantil –incluso algunas muy notables no han incluido aún un sólo volumen dedicado a este género–, hay que resaltar la atención que viene dedicando “Sopa de libros”, de Ediciones Anaya, inaugurada precisamente con *Mi primer libro de poemas* (1997), una antología de Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y Rafael Alberti y con un incontestable éxito avalado por las ediciones repetidas desde entonces. Después han aparecido títulos como *La casa de los días* (2001), de Sagrario Pinto, y *Versos vegetales* (2001), de Antonio Rubio, y las antologías *Por caminos azules...* (1999), de Jaime García Padrino y Lucía Solana Pérez y *Si ves un monte de espumas...* (*Antología de poesía infantil hispanoamericana*).

na) (2000), de Ana Garralón, a los que no es difícil augurar una cierta continuidad en tan difícil mercado. De ahí que tengan aún más valor iniciativas ocupadas en difundir, exclusivamente, obras poéticas de calidad y que aporten rasgos innovadores a esta particular parcela literaria. Tarea difícil y que, como es lógico, presenta a veces altibajos¹¹. Con todo hay que desear larga permanencia a colecciones como "Ajonjolí", publicada por Ediciones Hiperión como una extensión normal de su atención a la poesía, y donde encontramos creaciones que aportan aires nuevos en sus textos y en sus imágenes, como muestra *Diversopoemas* (1998), de Marisa López Soria, entre otros ejemplos posibles. También es ya una rotunda realidad la existencia de la colección "Caracol", editada por la Diputación Provincial de Málaga bajo la dirección de Antonio A. Gómez Yebra y que cuenta con una larga treintena de títulos, donde, con una cuidada presentación formal, ha dado a conocer voces nuevas (Ayes Tortosa, Juan Ramón Barat, Alicia Borrás, Mar Pavón, Silvia Álvarez, Manolita Espinosa, Lucía Solana...) y algunas ya consagradas o conocidas por obras anteriores (Antonio A. Gómez Yebra, Ana M^a Romero Yebra, Antonio García Teijeiro, Juan Kruz Igerabide, José González Torices, Paloma Bordóns...), junto con interesantes tareas de ilustración de artistas plásticos noveles. De nuevo habrá que esperar el inflexible paso del tiempo para que se decanten tales realidades y lo que ahora

puedan apuntar como promesas se conviertan en sólidas realidades.

Desde esta breve visión sobre el panorama de la poesía infantil en España, centrada en la defensa de unos clásicos actuales, quiero cerrar estas consideraciones destacando que la nota más característica



en las creaciones poéticas dedicadas a la infancia es la propia actitud de los autores a la hora de encarar el problema de dedicar sus creaciones a tales destinatarios. En dicha actitud aprecio dos grandes posibilidades asociadas a otros tantos términos convencionales: poesía para niños y poesía formativa.

De la primera, son frecuentes las obras que tratan de ofrecer una poesía que, ante todo, “guste” al niño. Se adapta a una supuesta imagen del mundo infantil, de los animales –es curiosa la repetición de este tema en muchos de sus títulos– y de otros tópicos de la realidad que rodea al niño, contemplada por los autores desde un no menos convencional nivel atribuido a los ojos de esos niños. Se les halaga el gusto por los valores fónicos del verso, con rimas fáciles, con estructuras sencillas y con un ritmo repetido.

No tan frecuente es la poesía donde el autor no trata de rebajarse hasta el nivel del niño, sino elevarle, ofrecerle una particular visión del mundo que pueda ser compartida entre autor y destinatario y, desde esa recuperación de las auténticas categorías infantiles, conmover los naturales sentimientos infantiles.

Es una distinción sutil y ambigua. También sutil y ambigua es la poesía y no olvidemos que las reacciones de cada lector son orientadas, ante todo, por su talento personal. Y el crítico o el historiador no es otra cosa que un lector particular, condicionado por sus gustos y por su experiencia. Desde esa perspectiva, planteo la diferenciación anterior, sin menoscabo para cualquiera de esas dos posibilidades. Y con ella, de un lado, insistir en la necesaria recuperación y el mantenimiento de obras con valores contrastados por encima de modas pasajeras. Y de otro, lanzar una llamada hacia un futuro esperanzador, reafirmando para ello, la necesidad de la autoexigencia a los creadores y a los editores, para que no se conformen con el camino más fácil de los supuestos “gustos” infantiles. Ni que crean que para dedicarle la poesía al niño, ellos mismos como creadores deben ponerse de rodillas o hablarle con voz meliflua. La poesía para niños –*dixit* Ana Pelegrín– no es un género de facilidades. Ni escribir poesía infantil es infan-

tilizar la poesía. Pero es responsabilidad de todos acercarla a sus primeros y más sencillos degustadores.

* Jaime García Padrino es Catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad Complutense de Madrid. Como historiador de la Literatura Infantil Española, ha publicado, entre otros títulos, *Libros y literatura para niños en la España contemporánea* (1992), *Así pasaron muchos años...* (2001) y *Formas y colores. La ilustración infantil en España* (2004).

NOTAS

1. Me refiero, concretamente, al desarrollado entre el 11 y el 13 de julio de 1990, en Cuenca y organizado por la Universidad de Castilla-La Mancha, segundo de una larga serie, y cuyas conferencias fueron recogidas después en un volumen coordinado por Pedro Cerrillo y yo, con el título de *Poesía infantil* (Cuenca: Ediciones de la UCLM, 1990).
2. También el marco para ese interrogante y los argumentos para la defensa de una respuesta afirmativa fue uno de aquellos cursos.
3. Véase a este propósito lo que ya indicaba en la conferencia impartida en el curso citado en la nota 1 y publicado con el título de “La poesía infantil en la España actual”.
4. De este olvido es ejemplo la publicación del Equipo Peonza, *Cien libros para un siglo*. Madrid: Anaya, 2004.
5. Victoria Fernández, “100 obras de Literatura Infantil del siglo XX. VI Simposio de Literatura Infantil y Lectura”, en *CLIJ*, núm. 130, septiembre 2000.
6. Véase J. García Padrino, “La poesía en las revistas infantiles de posguerra”, en *Así pasaron muchos años...* (En torno a la Literatura Infantil Española). Cuenca: Ediciones de la UCLM, 2001, pp. 113-130.
7. En la base de datos del ISBN, al momento de redactar estas líneas, aparecen como agotada la edición de *La playa larga*, de Jaime Ferrán, mientras otras –Don Pato y Don Pito, de Gloria Fuertes, y *Alegrías, de Marina Romero*– aparecen con registros de hace más diez años y en una editorial, *Escuela Española*, que no cuenta con novedades destacadas en los últimos años.
8. Tan particular difusión se iniciaba cuando su esposo, Arturo Medina, incluyó varios de sus poemas en *El silbo del aire* (1965), una amplísima antología de poemas al alcance de los lectores infantiles y juveniles, aparecida, pues, años más tarde del fallecimiento de Celia en Almería, el 21 de junio de 1954.
9. Entre sus títulos destacamos ahora lo que entonces podíamos considerar obras de prometedoras esperanzas, como *Alas del aire* (1989), de Antonio Mejías Melguizo; *Ábreme y verás* (1989), de Cristóbal Romero; *Animales poéticos* (1988), de Antonio A. Gómez Yebra; y *Hormigueta negra* (1988), de Ana M^a Romero Yebra. Junto a ellas aparecieron en esta colección dos interesantes creaciones de Alma Flor Ada, *Una vez en el medio del mar* (1987) y *A la sombra de un ala* (1988) y las obras de otros poetas que escribían, por primera vez, para niños, como Antonio Murciano, y su *Diabluras y Angelerías* (1988), y Francisco Garfías, autor de *Pájaros en la cañada* (1989).
10. Desde entonces ha habido que esperar hasta el año 2002 para contar con la concesión del mismo premio a Miguel Descot, por su libro de poemas *Més música, mestre!* Un poco más de atención ha tenido la poesía infantil en el Premio Lázaro, aunque no haya logrado que algunas de las obras inéditas premiadas con *acésit* vieran la luz, como sucedió con *Empar de Lanuza y sus Versos per a ossets* (*Acésit* 1997), y con Alicia Borrás y *Versos graciosos, sabrosos y jugosos* (*Acésit* 1998). Más fortuna han tenido el *Acésit* 1992, Eduardo Galán Font, con *La silla voladora* (1993) y el ganador de la convocatoria 2003, Juan Carlos Martín, con *Poemamundi* (2004).
11. Es también de destacar la convocatoria del Premio de Poesía Infantil “Luna de aire”, único por el momento dedicado a este género literario y convocado por el CEPLI, de la Universidad de Castilla-La Mancha, con el patrocinio de entidades privadas como Promociones González, S. A. y la colaboración del Banco de Santander. Para más información, véase www.uclm.es/cepli. Los títulos premiados se publican en la colección “Luna de aire”, del CEPLI, y ya han aparecido los siguientes: *Versos para estar guapo* (2004), de Isabel Cobo; *La vieja Iguazú* (2005), de Darabuc (Gonzalo García Rodríguez); *Zumo de lluvia* (2006), de Teresa Broseta, y *Rima rimando* (2007), de Carlos Lapeña.

Obras citadas en el texto

- (1942?)
- TORRE ENCISO, C. y J. Soler Serrano: *Juguetes. Poemas para niños y para mayores*. Barcelona: Juventud, (s. a.: ¿1942?).
- (1943)
- JAQUETTI, Palmira: *Mis canciones*. Barcelona: Juventud, 1943.
- (1945?)
- MARQUERIE, Alfredo: *Arquita de Noé*. Madrid: Boris Bureba, (s. a.: ¿1945?).
- (1948)
- VIÑAS, Celia: *Canción tonta en el Sur*. Almería: Gutenberg, 1984.
- (1952)
- VÁZQUEZ, Pura: *Columpio de Luna a Sol (Poesía infantil)*. Madrid: Boris Bureba, 1952.
- (1965)
- EGEA, Julio Alfredo: *Nana para dormir muñecas*. Madrid: Editora Nacional (2ª ed., Almería: Óptica Almería, 1997).
 - MEDINA, Arturo: *El silbo del aire (Antología lírica)*. 2 vols. Barcelona, Vicens Vives.
- (1966)
- FERRÁN Jaime: *Tarde de circo*. Madrid: Editora Nacional (2ª ed., Valladolid: Miñón, 1982).
- (1967)
- MUÑOZ BUENDÍA, Mª Luisa: *La princesita de la sal*. Barcelona: Juventud.
- (1968)
- LACACI, Mª Elvira: *Molino de papel*. Madrid: Editora Nacional.
- (1970)
- FUERTES, Gloria: *Don Pato y Don Pito*. Madrid: Escuela Española.
- (1972)
- FERRÁN, Jaime: *Mañana de parque*. Salamanca: Anaya.
- ROMERO, Marina: *Alegrías*. Salamanca: Anaya (2ª ed., Madrid: Escuela Española, 1980).
- (1975)
- GARCÍA LORCA, Federico: *Canciones y poemas para niños*. Barcelona: Labor.
- (1977)
- GONZÁLEZ ESTRADA, Joaquín: *Casita de fieras*. Barcelona: La Galera.
- (1979)
- ALBERTI, Rafael: *¡Aire, que me lleva el aire!* Selec. de Felicidad Orquín. Barcelona: Labor.
 - HERNÁNDEZ, Miguel: *Miguel Hernández para niños*. Edic. de Francisco Esteve. Madrid: De la Torre.
 - URIBE, Mª Luz: *Cuenta que te cuento*. Barcelona: Juventud.
- (1981)
- FERRÁN, Jaime: *La playa larga*. Valladolid: Miñón.
- (1982)
- GONZÁLEZ ESTRADA, Joaquín: *Monigote pintado*. Valladolid: Miñón.
- (1983):
- FERRÁN, Jaime: *Cuaderno de música*. Valladolid: Miñón.
 - GÓMEZ YEBRA, Antonio A.: *Versos como niños*. Ronda: Hermandad Sagrada Familia, 1983; 2ª ed., Madrid: Hiperión, 1995.
- (1985)
- CONDE, Carmen: *Canciones de nana y desvelo*. Valladolid: Miñón.
 - LAGOS, Concha: *En la rueda del viento*. Valladolid: Miñón.
 - MURCIANO, Carlos: *La bufanda amarilla*. Madrid: Escuela Española.
- (1986)
- GARCÍA TEIJEIRO, Antonio: *Versos de agua*. Zaragoza: Edelvives.
- (1987)
- ADA, Alma Flor: *Una vez en el medio del mar*. Madrid: Escuela Española.
- (1988)
- ADA, Alma Flor: *A la sombra de un ala*. Madrid: Escuela Española.
 - GÓMEZ YEBRA, Antonio A.: *Animales poéticos*. Madrid: Escuela Española.
 - MURCIANO, Antonio: *Diabluras y Angeléras*. Madrid: Escuela Española.
 - ROMERO YEBRA, Ana Mª: *Hormiguita negra*. Madrid: Escuela Española.
- (1989)
- GARCÍA TEIJEIRO, Antonio: *Versos de agua*. Zaragoza: Edelvives.
 - GARFIAS, Francisco: *Pájaros en la cañada*. Madrid: Escuela Española.
 - MEJÍAS MELGUIZO, Antonio: *Alas del aire*. Madrid: Escuela Española.
 - MURCIANO, Carlos: *La niña calendulera*. Madrid: SM.
 - ROMERO, Cristóbal: *Ábreme y verás*. Madrid: Escuela Española.
- (1990)
- ADA, Alma Flor: *Abecedario de los animales*. Madrid: Espasa-Calpe.
 - SILES, Jaime: *El gliptodonte*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (1993)
- GALÁN FONT, Eduardo: *La silla voladora*. Madrid: Bruño.
- (1994)
- GÓMEZ YEBRA, Antonio A.: *Menuda poesía*. Málaga: Banda de Mar.
- (1995)
- CRUZ IGERABIDE, Juan: *Poemas para la pupila*. Madrid: Hiperión.
 - GÓMEZ YEBRA, Antonio A.: *Versos como niños*. Madrid: Hiperión.
- ROMERO YEBRA, Ana María: *Verdes amigos*. Madrid: Hiperión.
- (1996)
- ROMERO YEBRA, Ana María: *El memoriápodo*. Madrid: Dylar.
- (1997)
- JIMÉNEZ, Juan R., Federico García Lorca y Rafael Alberti: *Mi primer libro de poemas*. Madrid: Anaya.
- (1998)
- GÓMEZ YEBRA, Antonio A.: *Versos diversos*. Málaga: Diputación Provincial.
 - LÓPEZ SORIA, Marisa: *Diversopoemas*. Madrid: Hiperión.
- (1999)
- GARCÍA PADRINO, J. y Lucía Solana Pérez: *Por caminos azules...* Madrid: Anaya.
- (2000)
- GARRALÓN, Ana: *Si ves un monte de espuma...* Madrid: Anaya.
- (2001)
- DESCLOT, Miquel: *Més música, mestrel*. Barcelona: La Galera.
 - FERNÁNDEZ PINTO, Sagrario: *La casa de los días*. Madrid: Anaya.
 - RUBIO, Antonio: *Versos vegetales*. Madrid: Anaya.
- (2004)
- MARTÍN, Juan Carlos: *Poemamundi*. Madrid: Anaya.
 - COBO, Isabel: *Versos para estar guapo*. Cuenca: CEPLI.
- (2005)
- DARABUC (Gonzalo García Rodríguez): *La vieja Igua-zú*. Cuenca: CEPLI.
- (2006)
- BROSETA, Teresa: *Zumo de lluvia*. Cuenca: CEPLI.
- (2007)
- LAPEÑA, Carlos: *Rima ri-mando*. Cuenca: CEPLI.